

MANUELA BALLESTER EN EL EXILIO. EL TRAJE POPULAR MEXICANO

Valencia: Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí”,  
1 de abril a 28 de junio de 2015

“Huipil de tela de algodón gruesa, color natural, bordado con estambre, colores negro, rojo y amarillo. Chincuete o falda de lana azul oscuro, rectangular”. Manuela Ballester (Valencia 1908-Berlín 1994) añadió estas descripciones a los dibujos que realizó del traje tradicional mexicano, notas que en muchos casos tomaba de los museos que visitaba a lo largo de la geografía

mexicana. Y es que Manuela Ballester experimentó desde los inicios de su carrera artística un interés por el vestido. Quizás se deba este hecho a la profesión de su madre —costurera— y a la educación femenina imperante en España. En cualquier caso, ya en 1929 Manuela Ballester realizó figurines para las revistas *El Hogar y la moda* y *Crónica*, mostrando así sus inquietudes por la confección textil.

Unas inquietudes que quedaron materializadas en la colección que ha expuesto el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí”, constituida por 47 pinturas y dibujos y 48 piezas de indumentaria que la artista fue recopilando entre 1947 y 1953 durante su exilio en México, del que partió hacia Berlín en 1959 tras veinte años en el país azteca. La exposición, situada en la Sala de Exposiciones Temporales I y comisariada por Liliane Cuesta Davignon, ha sido titulada “Manuela Ballester en el exilio. El traje popular mexicano” con los objetivos de dar a conocer en Valencia una figura un tanto desconocida —a pesar de haber sido compañera de Josep Renau—, la de Manuela Ballester, difundir las variantes y tipologías del traje popular mexicano y exhibir parte de los fondos del museo que no se exponen en la colección permanente.

Sin duda, celebrar esta exhibición ha sido una iniciativa muy afortunada para poder contemplar una parte desconocida de la producción de Manuela Ballester, pero también para valorar un valioso trabajo de campo de carácter etnográfico que permite recorrer el país mexicano a través de sus vestidos. Una oportunidad única, por tanto, de ver aquello en lo que la artista valenciana se centró en los años del exilio. Además de realizar felicitaciones navideñas, ilustraciones y carteles —con los que aportaba ganancias a la economía familiar— y de dedicar parte de su tiempo a pintar retratos familiares, uno de sus principales quehaceres fue la recopilación de prendas mexicanas, expuestas con sumo cuidado en las salas del museo, a saber, huipiles, rebozos, fajas enredos o sandalias, entre otros, y que fueron donadas junto a la producción pictórica en 1982 a los fondos del Museo Nacional de Cerámica.

Por su parte, entre las pinturas se pueden distinguir varios tipos. Por un lado encontramos un interesante cuadro al óleo, el único de la colección y expuesto al inicio del recorrido expositivo, que representa el Palacio de Cortés en Cuernavaca (1950), correspondiente al periodo que la familia Renau-Ballester pasó allí durante la realización del mural *España hacia América* (1944-1950) en el Hotel Casino de Cuernavaca. Por otro lado, se sitúan una serie de aguadas de las que Manuela Ballester se sirve para representar con detalle, en actitudes cotidianas, los diferentes vestidos mexicanos. En ocasiones, muestra a la figura por delante y por detrás —incluso con algún juego de espejo, recurso pictórico para mostrar el rostro de la modelo, como ocurre en *Vestidas de yucatecas* (1945)—, y en otras pinta juntos tanto el modelo femenino como el masculino, dando así una visión completa del traje popular mexicano. Otra serie de pinturas son las constituidas por bocetos que, al parecer, podría haber tomado en directo de las vistas que apreciaba en sus viajes por México. Dada la rapidez de la ejecución, dichas pinturas están dotadas de menor detalle y el objetivo es captar una visión que proporciona el momento —*México* (1945)— y el atuendo principal que portan —*Vistas en un mercado del D.F.* (1946) o *Visto en Los Remedios* (1945)—.

En cuanto a los dibujos, hay también dos modalidades. En primer lugar, se encuentran tres diseños de quechquémitl, cada uno de diferente color y realizados casi como si fueran patrones de moda, pues no se pintan a la manera de figurines sino en su forma geométrica original —un cuadrado— indicando la abertura para la cabeza y el esquema del diseño decorativo. La idoneidad de situar expositivamente estos diseños junto a piezas de indumentaria similares muestra el interés de Ballester por establecer en su colección una correspondencia entre las mismas. En segundo lugar, están los dibujos a lápices —negro y de colores— que incluyen las descripciones con las que comenzaba esta crónica y las identificaciones de cada una de las partes de los vestidos.

Finalmente, la exposición es completada con algunas fotografías incorporadas en textos que ofrecen, además de un explicación del traje mexicano, una idea de la implicación de Manuela Ba-

llester con éste —tal y como aparece retratada en una instantánea con el traje yucateco—. El epílogo de la exposición lo constituyen los diseños realizados por la artista valenciana de la versión moderna del traje popular mexicano, producidos ya en 1968 en su exilio berlinés.

Lo que salta a la vista al ver esta exposición, además de la exhaustiva ejecución técnica y de la calidad artística de las pinturas, es el entusiasmo que el traje mexicano despertó en Manuela Ballester. Quién sabe si para ella el traje mexicano supuso, en parte, lo mismo que el traje español para Isabel Oyarzábal de Palencia, quien en su conferencia sobre este asunto dijera: “Los vestidos que iba a mostrar eran parte de la España que yo amaba, la España del pueblo, bella como bellos eran sus hijos”. Y es que para Ballester México se convirtió, como para muchos exiliados, en una patria que amar.

CARMEN GAITÁN SALINAS  
Instituto de Historia, CSIC